

INTRAMUROS

POR SAMUEL HAZARD

UNA DE LAS MEJORES Y AGRADABLES MANERAS de formarse una idea de La Habana antigua, y particularmente de la porción que está inmediata al mar, consiste en alquilar un carruaje por horas y recorrerla temprano por la mañana, o, si se prefiere, después de la comida, cuando el sol ha declinado bastante para que no molesten sus rayos.

En el caso de efectuar el recorrido al atardecer, hay la desventaja de que estando la mayor parte de los comercios de la ciudad radicados en aquella parte, y no siendo costumbre efectuar negocios después de las cuatro o cinco, no presenta la animación que en las primeras horas de la mañana, cuando comerciante y dependiente, aprovechando la frescura matinal, atienden a sus labores en las calles y en los muelles, que presentan al extranjero escenas mucho más activas y bulliciosas. En cambio, la vida y el bullicio se reconcentran por la tarde en la parte extramuros.

Ordenamos al cochero que entre por la puerta del Norte, conocida por la Puerta de la Punta, que está a un extremo de la ciudad, al lado de la bahía, donde comienzan las Murallas de la parte antigua. Forma un arco de piedra, de unos veinticuatro pies de amplitud, a cuyos lados hay casamatas para depósitos de artillería. En su parte alta hay una batería en **barbeta**, con terraplén, baluarte de piedra y una rampa que llega hasta el suelo. Montadas como defensa se ven hasta media docena de carronadas viejas y mohosas, que en caso de necesidad resultarían inútiles. Al otro lado se divisa el Morro. Cruzada la Punta y extendiéndose a lo largo de la calle, paralelo al agua, hasta muy cerca de la Maestranza, existe un paraje cubierto, con parapeto de piedra para la defensa en caso necesario. Por la parte de afuera, a la izquierda se halla el muelle destinado al embarque y desembarque de madera, caballos, etc., y el mejor lugar para desde él dirigirse al Castillo del Morro, hallándose siempre estacionados allí un bote o dos. Siguiendo por la calle de Cuba, llegamos a un grande y buen edificio, situado a mano izquierda, de aspecto moderno, construido de piedra ennegrecida, de varios pisos. En él se

hallan los cuarteles y oficinas de la Artillería y se conoce con el nombre de Maestranza o Parque de Artillería. Pasado este edificio, llegamos a la calle de Chacón, y girando luego a la izquierda podemos ir al Arsenal, perteneciente a la Maestranza... Al lado opuesto está la entrada al Paseo de Valdés, que se extiende al lado de la bahía hasta la calle de Empedrado... Aun cuando el paseo no está actualmente en las mejores condiciones, conserva todavía una bonita hilera de árboles, blancos de piedra y una constante y deliciosa brisa, a la vez que es un excelente mirador desde el que se obtiene una magnífica vista de las fortificaciones al otro lado de la bahía. A la entrada hay una especie de arco y fuente, hoy de triste apariencia, pero que en su día lució bella. Una inscripción nos informa que fue construida en 1843 por el Real Cuerpo de Ingenieros. La inscripción está sobre una plancha de mármol de la Isla de Pinos, y encima se ven agrupados diferentes símbolos militares, particularmente del cuerpo de Ingenieros. Os será grato pasear en este lugar por las mañanas, si no tenéis nada mejor que hacer, y oír la música de las bandas militares, que tocan en La Cabaña, al otro lado del canal, y cuyas notas llegan algo atenuadas, mezcladas con la brisa del cercano océano.

Subiendo de nuevo al coche, rodamos por la calle de Tacón, pasando frente a la Pescadería y la Intendencia, que se halla directamente frente a La Fuerza, el fuerte más antiguo de la ciudad, alrededor del cual se agrupan muchas viejas tradiciones de asaltos de piratas y otros enemigos. Deseando visitarlo, pasamos por el patio del cuartel de la calle de O'Reilly, y solicitamos el permiso que se nos concede. Es un fuerte con bastiones y una

buena línea de fuego sobre la entrada de la bahía, y dotado de buenos y grandes cuarteles para la tropa.

(...)

Los rastrillos y los cuarteles de las tropas fueron construidos en 1718 por Guazo, Gobernador General en aquel entonces. Se asegura que la esposa de Fernando de Soto murió en dicho fuerte, después de esperar en vano durante muchos años noticias de su valiente compañero.

(...)

El gran edificio inmediato a La Fuerza es el Cuartel General del Gobernador Militar de la Ciudad, que es el que concede los permisos para visitar el Castillo del Morro y la Cabaña, previa petición hecha por el Cónsul.

En la parte baja del mismo edificio están la Administración y Tesorería de la Real Lotería, así como también el Monte de Piedad, institución caritativa, que hace los préstamos al ocho por ciento sobre prendas de oro y plata, y que mantiene el Gobierno, siendo su capital de \$80,000.

(...)

Dirigiéndonos al lado bajo oeste de la plaza nos hallamos frente a El Templete, en la esquina de la calle Enna.

(...)

Una vez al año se abre el público, y es el 16 de noviembre, día de San Cristóbal; pero en realidad nada hay en él que atraiga la atención del extranjero, pues sólo contiene un simple busto de Colón y dos o tres pinturas de escaso mérito.

Podemos ir ahora a la Plaza de San Francisco, que está entre las calles de Lamparilla, y Amargura, frente al muelle de Caballería, a la que llegamos atravesando la calle de Oficios, donde está la Aduana.

A la entrada de la Plaza, en el viejo y amarillento edificio de la esquina, a mano izquierda, está el hotel Europa, que antes se llamó "Hotel Almy", probablemente uno de los más celebrados de la Ciudad, en su época. Allí murió el explorador ártico Doctor Kane. Ocupa el hotel el segundo piso, sobre un almacén. El edificio de apariencia vetusta que está al otro lado de la plaza, es la antigua iglesia de San Francisco, cuyas antes sagradas naves se utilizan como almacén de la Aduana.

Se asegura que la vieja iglesia fue en su tiempo la mejor de la ciudad. Fue consagrada en 1737 y clausurada en 1843. Su torre es hoy la más elevada de la capital, y su peso inmenso es soportado por los arcos de la entrada principal.

Es un edificio de apariencia singular, que ha sido objeto de algunos cambios para ser adaptado a propósitos comerciales. Las torres han sido despojadas de sus campanas y se le ha dotado de una nueva puerta. El frente de la iglesia, en la estrecha calle de Oficios, no es gran valimiento, pero en dos nichos, situados uno a cada lado del frontis,

hay raras estatuas de piedra, de monjes, uno de los cuales por su peculiar ropaje se ve que es un franciscano.

Cada uno contempla a estos pétreos personajes, que han permanecido allí durante tantos años, nos acude el pensamiento de que han sido unos magníficos centinelas. Apostado cada uno de ellos en su nincho, al igual que un centinela en su casilla, permanecieron allí haciendo lo que se les recomendó, sin que durante tanto años experimentaran ningún cambio. Allí estuvieron año tras año, hasta que vieron aquellas puertas que sólo daban entrada a los devotos, abrirse para penetraran

los profanos con sus fardos de géneros; allí, calmosos e inmóviles, han visto las activas muchedumbres de edades pasadas, y todavía continúan impassibles e inamovidos como en los días de antaño, contemplando como las activas muchedumbres de hoy siguen cruzando la puerta, sin que muchos de los que pasan, dirigiendo apenas una casual



mirada a los estópidos personajes, sepan, y mucho menos les importe saber, que éste fue el primer lugar donde sus abuelas se prosternaban y oraban. Aunque el mundo ha cambiado, aunque gobernador tras gobernador han venido y se han ido; aunque el pequeño grupo de casas que originariamente constituían el primitivo pueblo se convirtieron en el vasto conjunto de lo que es hoy una bonita ciudad; aunque otras iglesias se erigieron –y no obstante el bramido de la tempestad y el azote de las imponentes olas que con la salvaje furia de un huracán tropical se estrellaban a sus pies-, todavía siguen, sin un músculo cambiado o alterada su posición desde que por vez primera fueron colocados, como montando una guardia, en su atalaya de piedra.

Pasando a través de la hermosa puerta de hierro que se para la plaza del muelle, se entra en el desembarcadero conocido por "Caballería", que es una porción de los sucesivos muelles que se extienden del Castillo de la Fuerza a los cuarteles de la Marina. Aquí, por las mañanas, hallaréis una atareada muchedumbre de comerciantes, dependien-

tes, etc., hablando, fumando y efectuando sus transacciones –porque en realidad esto es una especie de Lonja–, en tanto que el trabajo material lo efectúan robustos negros y atezados trabajadores de diversos países.

Toda la serie de muelles está tan completamente cubierta de techos, que se puede andar una considerable distancia sin exponerse a los rayos solares, divirtiéndose uno examinando la variedad de buques, en número considerable, unos al lado de otros, de todos los países del mundo.

En esta agradable ciudad marítima de La Habana los boteros reemplazan a los cocheros que nos asaltan al salir de una estación. Aquí, en el momento que ponéis los pies en un muelle, los boteros se imaginan que necesitáis una embarcación, y una turba de ellos os rodean inmediatamente, vociferando cada uno el nombre de la suya. No sin considerable dificultad lográis veros libre de aquella gente atezada, con apariencia de piratas, que no cesan de deciros, todos deseosos de que les utilicéis par aun **paseo** en el agua.

(...)

El muelle de la “Machina”, situado al lado del de Caballería, le sigue en importancia. Cuando abandonéis la Plaza de San Francisco, no olvidéis de decirle al cochero que os conduzca al “Correo”, que se halla al extremo de la calle de Ricla, más arriba de la Machina.

Frente a la entrada principal del Correo está la “Comandancia de Marina” o sean las oficinas del Comandante de Marina, con marineros de centinela en la puerta. La calle entre los dos edificios está cubierta por una arcada.

El servicio de correo para toda la Isla es diario, y se cierra generalmente a las 4:30 p.m. Tarda seis días la correspondencia de La Habana a Santiago de Cuba, haciendo el recorrido parte en tres y parte a lomo de caballo. Entre pequeños lugares y pueblos sin facilidades ferrocarrileras, sólo hay correo dos veces a la semana. Las cartas que se envían desde los Estados Unidos, es mejor dirigirlas al Consulado o a las oficinas navieras o casas comerciales, que generalmente tienen un saco de correo privado en cada buque. Cada carta que se deposita en el Correo debe franquearse de la siguiente manera:

Para la Isla, cada media onza, cinco centavos; para la ciudad (con dos entregas diarias, generalmente a las 7:00 a.m. y 3:00 p.m.) dos y medio centavos. Los buzones, con el letrero de “Correo”, se encuentran diseminados en varios lugares de la Capital. Para las cartas dirigidas fuera de la Isla, diez centavos por cada media onza. En el departamento de entrega de Correos, las cartas deben pedirse por el número, en vez del nombre, por la razón de que a la llegada de cada correo se hacen listas, que se colocan en cuadros a la vista del público, poniéndose al lado del nombre un número de orden. El extranjero que ve su nombre en la lista, solicita la carta diciendo el número correspondiente.

Ahora gozaremos de la brisa de la bahía en el muelle de la Machina, que es el desembarcadero usado por los buques de guerra, y que de hecho es un almacén naval en pequeña escala. Los objetos que aquí probablemente interesarán más al extranjero serán la lancha oficial del capitán general, muy grande y adornada, un muy diminuto jardín, con las dimensiones de un regular salón, puesto allí al parecer con el propósito de mostrarnos lo pequeño que puede ser un jardín. Es muy bonito, con estrechísimos caminitos, matorrales, flores y una fuente con peces dorados y plateados, todo rodeado de una verja de hierro y guardado por algún marinero que se complacerá grandemente en mostrároslo con mayor agrado si le gratificáis con algo **para beber**. Es realmente un lugar curioso por su pequeñez. En adición, contiene dos de esas ridículas aves llamadas flamencos, que al parecer se las trata con cariño. Fueron los únicos que vi en la Isla, aunque se encuentran en diferentes partes de ella. Son de un delicado color rosado, que se degrada en un amarillento blancuzco, con cuellos muy largos, que constantemente contorsionan de la manera más ridícula; sus cuerpos cortos descansan sobre largas piernas, pareciendo como si estuvieran montados sobre zancos, con movimientos que hacen el efecto como si estuvieran inclinándose y saludándose unos a otros del modo más cómico.

Más allá del muelle de la Machina están los buques de pasaje que cruzan la bahía hasta el pequeño pueblo de Regla, donde radican los maravillosamente grandes almacenes en que se deposita el azúcar, que se pueden ver al fondo del grabado del muelle de la Marina; igualmente se halla la estación del ferrocarril que va a Matanzas y a Guanabacoa. Los vaporcitos salen cada cinco minutos, costando el pasaje diez centavos. Están muy bien contruidos y provienen de los Estados Unidos (como casi todos los vapores en aguas cubanas), y los mantienen en buen estado, mejor que muchos de nuestros vaporcitos de pasaje. Cualquiera mañana, cuando no se tenga nada más importante que hacer, resultará un viaje refrescante ir y volver en uno de esos vaporcitos gozándose del bello espectáculo que ofrecen diferentes porciones de la bahía, los buques y la ciudad, y especialmente aspirándose la fresca brisa durante el viaje.

Al lado del embarcadero de estos vaporcitos, casi a continuación, están lo que se conoce por **paseos**. Son una especie de **boulevard**, que se extiende paralelamente a la bahía, dotado de árboles y un buen paseo, con sólido muro de piedra por el lado del mar, y fuentes y bancos de piedra a intervalos en toda su extensión. Algunas de las fuentes son muy bellas por sus formas artísticas.

El primero y más atrayente de estos paseos es la Alameda de Paula, construida en 1802 por el Gobernador Marqués de Someruelos. También se la llama Salón O’Donnell (en honor del Mariscal de este nombre, que fue inspector de la Isla). Está situado entre el Muelle de Luz y el bastión

de Paula, desde el que se domina la bahía. Tiene bancos de piedra, árboles y al lado del mar un parapeto formado de una balaustrada de concreto, con ornamentos del mismo material, alternada por barandillas de hierro. En el centro se eleva una **glorieta** semicircular, dotada de asientos, y detrás de la cual hay una hermosa fuente de piedra, con una columna de mármol que ostenta trofeos militares y símbolos nacionales, distribuidos con gusto.

Sigue el Paseo de Roncali, desde el cual se obtiene una admirable vista de la parte superior de

la bahía, con el castillo de Atarés en el fondo, contemplándose además la belleza de los contornos.

Es un magnífico lugar para, en noches de luna, gozar del espectáculo de la bahía. Sin embargo, no es muy frecuentado. En este Castillo de Atarés, que se ve en el centro del grabado, se dice que fueron encerrados el joven Crittenden y sus cincuenta compañeros –todos jóvenes de los Estados Unidos que habían venido con la expedición del General Narciso López–, siendo luego fusilados...

No está de más hacer una visita de curioso al Arsenal, para saber qué es lo que se entiende por tal en Cuba. Ahí se halla el depósito naval y los astilleros, y está situado al extremo suroeste de la Ciudad, precisamente al lado exterior de las murallas, donde éstas comienzan, en el lado del mar. Se entra desde la Ciudad por la llamada Puerta del Arsenal, que con sus bonitos edificios para oficiales y sus árboles verdes, luce muy atractiva desde fuera. En la actualidad no vale gran cosa el Arsenal, aun cuando contiene astilleros, depósitos, talleres y otras cosas peculiares de la construcción naval. Sin embargo, en otro tiempo, el Arsenal de La Habana era muy celebrado. Se empezaron a construir en La Habana, el año 1722, buques de guerra, de los que llegaron a botarse al agua un buen número; dando tan buenos resultados por la excelente calidad de la madera usada, que se empezó la erección de un Arsenal en 1728, completándose en 1734.

En 1766 se construyó en él la Santísima Trinidad, dotada de ciento doce cañones. En el mismo año se reparó el Arsenal, que había sido dañado por los ingleses al atacar la Ciudad.

Igualmente en cierta época se construyeron cañones de bronce, obteniéndose el cobre de las minas de Oriente. Pero en la actualidad todas estas actividades han cesado, apareciendo el Arsenal desierto, sin que se efectúe en él ningún trabajo importante. El dique es capaz de contener un buque de mil toneladas, y su maquinaria es sólo de veinte caballos de fuerza. Todo es muy distinto al movimiento,



vida y extensión de nuestros arsenales; y ni siquiera la excitación de la guerra chilena ha despertado una nueva vida en este departamento.

Finalizamos la mañana volviendo por la calle de Egido, que corre dentro y paralela a las viejas murallas. Aquí se podían apreciar antes algunos de los más interesantes aspectos de La Habana, que le daban aire de antigüedad con sus murallas, ofreciendo algunas atracciones al aficionado a los estudios históricos, en los acontecimientos tan íntimamente relacionados con su construcción. Todavía existen las murallas en parte, en tolerable buen orden, aun cuando ya ofrecen un aspecto de decadencia y están condenadas a desaparecer. Bastarían algunos certeros cañonazos para reducirlas rápidamente a fragmentos. No son ya de utilidad, pues puede decirse que están ahora en el corazón de la Ciudad, y de nada servirían en el caso de un fuerte ataque, exepcto como un **dernier resort** para un pequeño número de hombres. Con todo, todavía se monta guardia en algunas puertas y los cañones adornan sus bocas por las almenas cubiertas de hierba. Los fosos, con el tiempo, han ido llenándose de toda clase de estructuras y en ciertos lugares se ven cubiertos de huertas.

Estas puertas y murallas acostumbra a ser de gran interés para la mayoría de los viajeros dado, que por tantos y tantos años estuvieron relacionadas con la historia de la vieja Habana; y aun cuando en realidad ya no existen todas las antiguas murallas, todavía se oye la expresión tan usual y familiar de “intramuros” y “extramuros”.

Cuando se complete la mejora de ocupar el lugar de las murallas con nuevos edificios, esta parte de la Ciudad progresará mucho, y ofrecerá La Habana mejor perspectiva.

NOTA:

Fragmento de un capítulo del libro *Cuba a pluma y lápiz*, del autor de este trabajo. Colección de Libros Cubanos. Volumen VII. p.105. Imprenta de cultural , S.A, Pi y Margall, 135. La Habana, 1928.